

Fotograma de *En presencia de un payaso*, de Ingmar Bergman.

Padres, hijos y payasos

Barba teje un relato de complejas relaciones familiares en una obra bien articulada, aunque chirría en ocasiones

En presencia de un payaso

Andrés Barba

Anagrama. Barcelona, 2014

178 páginas. 14,90 euros (9,99 digital)

Por Fernando Valls

NARRATIVA. EN 2006, dos años antes del estallido de la crisis económica, dos generaciones, padres e hijos, y dos familias, los Trelles y los Cotta, conviven sin poder evitar ciertas perturbaciones. Y aunque toda la historia pivote alrededor de Marcos Trelles, la mayoría de los personajes están presentes en la acción y tienen voz, mientras otros solo aparecen aludidos sin que por ello carezcan de protagonismo.

El caso es que cuando arranca la acción, Marcos, un físico de 43 años, acaba de conseguir que una prestigiosa revista científica le publique un artículo. Sin embargo, en ese momento de éxito empie-

zan también sus cuitas, al resentirse su moral, pues ni reconoce la contribución de Marta, la joven becaria, ni parece capaz de componer el autorretrato desenfadado que le exige la publicación. Por otra parte, Nuria, su esposa, profesora de enseñanza media, le ha confesado la aventura que mantuvo con Francesco, amante de quien nuestro científico no conseguirá olvidarse. Pero, además, su cuñado, el famoso payaso Abel Cotta, quien años antes había cuestionado el sistema político, regresa a Madrid tras pasar unos años en Colombia, acompañado por Mina, su joven esposa. Al igual que Beppe Grillo, había creado un partido para sentar un maniquí en el Congreso.

Por su parte, en la generación de los padres, la que despliega más protagonismo es Marisa, la madre de Nuria y Abel, fallecida un año antes, una artista excéntrica sin reconocimiento. Las dos parejas se reúnen en la vivienda que tenía la madre

en la sierra para pasar juntos las Navidades, arreglar la herencia y levantar la casa. Y mientras esto sucede, el círculo que compone la trama se redondea con la llamada urgente de socorro del padre de Marcos. Estos son, en suma, los mimbres de un relato que se presenta sin apenas interrupción, aparte del epílogo, pues no hay capítulos más allá de las 15 unidades narrativas separadas por blancos. Sin embargo, es una pena que en una novela tan bien articulada y cimentada chirría a veces la prosa, debido a las numerosas e innecesarias repeticiones léxicas, los anglicismos e incluso catalanismos tan manidos como: "¿Sabes qué?" (de *Saps què?*).

Pero de lo que realmente trata la novela, cuyo título proviene de una película que Bergman rodara en 1997 para la televisión, es de las sutiles relaciones que se tejen tanto en el matrimonio como entre hermanos, padres e hijos. Al fin y a la postre, todo pende de un hilo, nada resulta ser lo que parece, de modo que una conversación, los cuadros o esculturas que dejó Marisa, el descubrimiento de unas fotos escondidas, una llamada de teléfono o una bolsa sucia con dinero pueden cambiar la idea que íbamos haciéndonos de los personajes, dados los dobleces o secretos que escondían.

¿Cómo se resume una vida? ¿Cómo nos presentamos ante los demás? ¿Qué imagen queremos mostrar? En la novela, el foco se centra primero en Marcos, luego se detiene en Nuria, se desplaza hacia Abel, y finalmente se ocupa de Marisa y del padre de Marcos. Pero, además, tengo la impresión de que aparecen tres imágenes que podrían sintetizar de manera alegórica el sentido de la novela: la de Abel luciendo el sujetador de su madre; las fotos de ésta desnuda y, por último, la escena en donde Marcos y su padre que-man el dinero de la esposa adúltera.

Pero quizá sea el regreso del payaso, con sus exigencias, ironías y risas (véase, al respecto, su artículo 'La moral de la risa', *Caminar en un mundo de espejos*, 2014), el que empuja a Marcos a replantearse al cabo las relaciones que mantiene con sus allegados, permitiendo a los lectores intuir cómo somos realmente, en un país todavía demasiado envarado, y en exceso trascendente. •